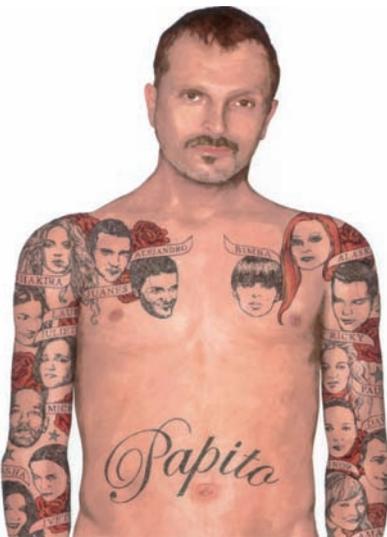


EL RIVAL A BATIR

Sólo un futuro artista de raza puede atreverse a nacer en un país tan pequeño como Panamá, pero se ha de decir que éste lo hizo tras mezclarse los genes de un gran torero -el número uno, como el interesado predicaba de sí mismo- y una hermosa actriz milanese que había encandilado al mismísimo Luchino Visconti. Precisamente el muchacho resultante de tal unión fue bautizado con el musical nombre de Miguel Luchino, siendo su padrino en tal ocasión el célebre director de *El gatopardo* y *Muerte en Venecia*. Su infancia transcurrió rodeada de genios: Picasso -a quien consideraba su abuelo-, Hemingway, el mismo Visconti. Su gran sueño es, desde pequeño, ser actor de cine. Visconti lo quiso para su Tazio de la Muerte en Venecia de Thomas Mann, pero ya estaba demasiado crecido para el papel y al final lo hizo otro, un sueco llamado Bjorn Andersson, que a uno, si no le dicen nada previamente, cree que se trata de un miembro de la eximia Abba. A los quince años rueda en Egipto una película con Rod Steiger, y luego hará un par de proyectos internacionales de los que casi nadie hoy se acuerda. Acude a clases de baile y cursa estudios en el Liceo Francés de Madrid, donde conoce a Juan Ribó y Antonio Vega, pero si se le pregunta entonces por el mundo de la canción probablemente contestará que es algo que no le interesa en absoluto. Con diecinueve años, una tarde que visitan la casa de Somosaguas de sus padres, Juan Pardo y Camilo Sesto le ofrecen la oportunidad de grabar un disco. Grabará un par de singles que no se han vuelto a reeditar y que hoy constituyen auténticas piezas de coleccionismo. Miguel no se arredra, y un par de años después, acepta la propuesta de CBS para registrar un larga duración en Milán. Con el disco a punto de salir a la calle, José María Iñigo le llama para su programa de televisión en la noche de las primeras elecciones libres después de cuarenta años. La actuación se lleva a cabo en Florida Park, una sala de fiestas enclavada en el Retiro madrileño. Miguel sorprende a propios y extraños con su prodigiosa forma de bailar, su aceptable voz y su presencia de calculada ambigüedad sexual, que enamora a las mujeres -sobre todo a las más jóvenes- y deja con la boca abierta a los hombres. Este chico tiene un no sé qué, piensan muchos. Es el comienzo de una carrera sin parangón.



Los primeros discos conquistan a un público adolescente incondicionalmente entregado a baladas algo ñoñas de claras reminiscencias italianas: *Linda*, *Mi libertad*, *Amor mío ¿cómo estás?* o *Amiga*. Pese a todo, y si se me permite la confianza, a mí son las canciones que más me gustan de él. Su adolescencia es la nuestra, y a fe que lo sufrimos. Todas las chicas de nuestra edad estaban loquitas por él y apenas nos hacían caso. Cómo le hubiera gustado a uno parecerse a Miguel Bosé aunque, hablando de italianos, uno entonces estuviera físicamente más cerca del inevitable Torrebruno. Bosé era entonces -y hoy también, porque sigue gustando a nuestras mujeres- el más odiado de nuestras incipientes adolescencias, el auténtico rival a batir. Tras un trabajo de transición, *Made in Spain*, que sugería bastante más de lo que todos quisieron intuir, y a punto de cumplir los treinta, graba *Bandido*, con la canción que le da título y *Sevilla*, entre otras. El cambio de rumbo es evidente y se verá ratificado por futuros trabajos de entre los que uno destacaría *Los chicos no lloran*, *Bajo el signo de Caín* y *Salamandra*. Exhibe un directo potente en el que colaboran algunos amigos de otras formaciones, llegando incluso a hacer una gira durante todo un verano junto a Ana Torroja, la que fuera vocalista del grupo Mecano. Hace más de dos años Bosé quiso celebrar su treinta aniversario en el mundo del disco con una gira llamada *Papito*, que es el nombre con que es conocido entre sus discípulos aventajados, como Julieta Venegas, Juanes o Paulina Rubio. El disco fue una auténtica gozada en el que se resumían tres décadas de buena música, excelentes temas y magníficos arreglos. Yo le vi hace unos meses en el Palau de Esports de Badalona junto a mi mujer y mis hijos, que son los nuevos fans del fenómeno. Miguel está en forma, sigue merendándose el escenario y encima hora rescata esas baladas italianas que nunca quiso volver a cantar. La gira estaba programada para un año y ya lleva más de dos. Nunca hay que fiarse de los bandidos, sobre todo si además de bandidos son amantes.

Carlos del Pozo